

El libro de Moll sobre los apellidos catalanes es, en verdad, excelente.—
D. A.

MILÁ Y FONTANALS, MANUEL.—*De la poesía heroico-popular castellana*. Edición preparada por MARTIN DE RIQUER Y JOAQUIN MOLAS. Tomo I de las obras de Manuel Milá y Fontanals. C. S. I. C. Patronato Menéndez Pelayo. Instituto Miguel de Cervantes. Barcelona, 1959 [624 págs.].

En un prólogo de los editores, se cuentan las vicisitudes porque ha pasado la primera—y única impresión de la *Poesía heroico-popular*, a pesar de sus dos cubiertas diferentes—. Amén de informarnos sobre el curioso destino de los ejemplares de la obra en una segunda edición teórica, los editores facilitan datos para conocer la afortunada suerte del libro entre los romanistas más ilustres de la época. La presentación de este primer volumen es muy pulcra y hemos de agradecer a los señores R. y M. los desvelos que han tenido en ofrecernos una agradable edición. Gracias a ellos, la lectura difícil, y muchas veces cabalística, de la impresión de 1874 es hoy cómoda y agradable: se han salvado las frecuentes erratas y se han resuelto las abreviaturas, que no siempre figuraban aclaradas en la primera edición. Por si esto fuera poco, los señores R. y M. nos han obsequiado con un índice muy útil de temas y personajes (pp. 597-617) y han hecho más explícito el índice general de la obra.

Junto al estudio que da nombre al libro se imprimen la *Oración acerca de la literatura española* (1865) y el *Nuevo ensayo de clasificación de los romances* (1874), según hizo Milá en 1874.

La oportunidad de esta edición no necesita justificaciones. En la *Poesía heroico-popular castellana* aparece con claridad el origen de nuestra epopeya: no formada por «cantos aislados y breves, sino compuesta de extensos relatos». Doctrina que se oponía a la tradición francesa (Fauriel, Barrois, Gautier, etc.) y que significaba la liquidación del romanticismo (cfr. las opiniones concordes de Rajna, 1884, Niese, 1882, Lang, 1893). En la obra se estudian los testimonios de la poesía heroico-popular castellana, y del cuidado análisis se infiere que «Castilla tuvo una epopeya, dando a esta palabra la significación de un conjunto de cantos narrativos extensos, de asunto nacional y de espíritu y estilo análogos». Y, en ella, antes que en ningún otro sitio, se formuló la fecundísima hipótesis de que los romances procedían de las gestas, pudiendo existir entre ambos las prosificaciones de las crónicas, y, también en ella, la prueba de que la epopeya castellana «tuvo una forma [= metro] adecuada a su naturaleza», con lo que se vino a negar tanto a los que no creían en nuestra autonomía épica cuanto a los que inventaban fabulosas cronologías al romancero.

Oportunísima esta aparición, cuanto tanto se habla de épica y tanto queda por aprender en el gran maestro catalán: «el mayor esfuerzo con que la ciencia española ha contribuido hasta ahora—era opinión de Menéndez Pelayo—al esclarecimiento de las tinieblas de la Edad Media».—*Manuel Alvar*.